

**CIRCULAR N° 3**

**LA VIDA DE ORACIÓN PERSONAL**

P. David Joseph Fleming, S.M.  
Superior General de la Compañía de María,  
Misionero Apostólico

Roma

Ö

12 de septiembre de 1998  
Fiesta del Santo Nombre de María

**CIRCULAR NÚMERO 3**  
**12 de septiembre de 1998**  
**Fiesta del Santo Nombre de María**

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.  
Superior General y Misionero Apostólico,  
a todos los Hermanos de la  
Compañía de María

## **LA VIDA DE ORACIÓN PERSONAL**

### **Queridos hermanos:**

A medida que nos acercamos al siglo XXI, crece el interés por el misticismo y la espiritualidad. Al mismo tiempo, disminuye la preocupación por la doctrina y las organizaciones religiosas. Y aunque pudiera parecerse paradójico, es un hecho real.

Ahora más que nunca, sólo los que logren comunicar una auténtica experiencia de Dios serán aceptados como testigos creíbles de la fe. Nuestra **vida de oración personal** tiene una capacidad especial para ayudarnos a interiorizar y personalizar dicha experiencia de Dios. Por eso he escogido la vida de oración personal y la meditación como tema de mi circular con ocasión de nuestra fiesta patronal este año.

No es mi intento tocar todos los aspectos de la vida de oración marianista. Para ser completo, tendría que hablar de la oración comunitaria, la liturgia, la oración compartida y muchos otros aspectos de la espiritualidad. Todos son necesarios para una vida de oración marianista plena. Creo además que, como decía el padre Chaminade, la meditación personal es el eje de la vida espiritual y mantiene una cierta primacía entre las formas de oración. Empezaré por enumerar algunas razones que me han llevado este año a enfocar mi circular sobre este tema.

### **RAZONES QUE ME HAN LLEVADO A ESCOGER EL TEMA**

1. El año 1998 ha sido designado por la Iglesia como *el año del Espíritu Santo*, un tiempo para reflexionar en la sorprendente y dinámica presencia del Espíritu en nuestras vidas y en nuestro mundo.

De forma nada corriente en su tiempo, el padre Chaminade hablaba frecuentemente del papel del Espíritu como agente principal de nuestra formación, de nuestro crecimiento como personas y como comunidad. Estaba convencido de que el Espíritu es el primer agente de nuestra formación en la semejanza con Jesús bajo la influencia de María.

El Espíritu es la fuente de nuestra unidad como Familia Marianista. La formamos cristianos diferentes, mutuamente relacionados, reunidos de todas partes, razas, estados de vida, con diferente trasfondo educativo y cultural. El Espíritu es el vínculo del amor que nos mantiene unidos.

El Espíritu es quien libera y canaliza el dinamismo de nuestra misión, la creatividad constantemente renovada de la respuesta de María a través de nosotros a todas las necesidades de tiempos y lugares. El padre Chaminade tenía plena confianza en que la orientación del Espíritu dirigiría el empuje de la misión marianista en el futuro, a medida que las sucesivas generaciones intentaran "hacer lo que Él os diga".

El Espíritu nos transforma de educadores, trabajadores sociales y profesionales de la religión, en testigos de Dios y pregoneros de su Reino en la tierra. Sin el aliento del Espíritu, nuestra vida religiosa se convierte en algo vacío y sin sentido. Hoy existe en nuestro trabajo el peligro de este profesionalismo vacío de espíritu.

Me sentí impresionado por la forma en que en el Sínodo Especial para Asia, en el que he tenido recientemente el privilegio de participar, se habló del trabajo del Espíritu desde el primer momento de la creación y a través de toda la historia de la salvación, culminando en Jesucristo, y haciendo avanzar los planes de Dios hasta que Jesús venga al final de los tiempos. Destacaba el papel del Espíritu en todas partes, entre todos los pueblos, sin importar su trasfondo religioso, sembrando la semilla de la verdad y de la gracia en sus filosofías, culturas, religiones y en su experiencia diaria.

Necesitamos reconocer el trabajo del Espíritu que sigue sembrando abundantes semillas de verdad y de gracia en pueblos concretos a los que hoy conocemos y servimos - cristianos, postcristianos y seguidores de otras religiones-, incluso si sus actitudes y prácticas religiosas están muy debilitadas, son inexistentes, o, al menos, distintas de las nuestras. Esta mentalidad de apertura contemplativa al trabajo variado del Espíritu se expresaba ya en las antiguas Constituciones Marianistas, que decían que nuestra misión formativa y educadora es "la de sembrar, no la de recoger", y que insistían en que "no debemos rechazar como malo lo que no es del todo bueno".

El Espíritu brota en nosotros por la vida de oración. El Espíritu desarrolla la "fe del corazón", que el Fundador consideraba como "el principio, fundamento y raíz" de toda santidad. Sólo por una oración personal constante y fiel puede el marianista desarrollar una fe que sea una vida y una convicción llena de sentido, y no un mero conjunto de principios abstractos. En esta oración de fe, estamos atentos a las mociones tranquilas pero insistentes del Espíritu.

¿Cómo celebrar mejor este "año del Espíritu Santo" que reflexionando en el desarrollo de la vida personal de oración?

2. ***El tema de la oración personal*** está en la línea de mis circulares de los dos últimos años, que se centraron en nuestra misión y su vitalidad. Es también un complemento necesario de las mismas. La vitalidad real en la misión depende en último término de la profundidad de nuestra experiencia de Dios. Como explica nuestra Regla de Vida en el art. 56, la contemplación y la misión deben integrarse en nuestras vidas, ya que nuestra espiritualidad es apostólica. De otra forma perdemos el sentido de la urgencia de la misión común, o nos convertimos "en campana que suena, o címbalo que retiñe". Sin oración, lo que llamamos misión se convierte en una mera actuación externa, una fachada sin profundidad, y nuestro entusiasmo y vitalidad sólo en "vitalismo" o camaradería. Para ser efectivos en la misión, debemos ser personas de santidad y oración, con una experiencia real de Dios. Y al mismo tiempo, para que nuestra oración sea auténtica, necesitamos aprender a leer los signos de la presencia de Dios en las personas que nos rodean.

3. El año próximo esperamos **la aparición de un nuevo libro sobre la oración marianista**, preparado durante varios años bajo la dirección del padre José María Arnaiz, con la colaboración de un grupo de marianistas, teólogos y maestros de oración. Este libro debería ser para nuestro tiempo lo que la **Guía de la oración mental** del padre Simler fue para las generaciones marianistas anteriores. Al mismo tiempo, el padre Jean-Baptiste Armbruster ha estado publicando una serie de notas interesantes y ofreciendo sesiones de estudio sobre "El método espiritual del padre Guillermo José Chaminade". Espero que esta circular os abra el apetito para estudiar estos nuevos materiales.

4. Una de las propuestas del **Sínodo de Asia** dice lo siguiente: "En el contexto de Asia, la experiencia de Dios es enormemente valorada, y quienes la poseen son considerados por los que buscan a Dios como sus guías espirituales. Por eso la labor importante de todo cristiano es profundizar en su experiencia de Dios por medio del encuentro diario con Él, especialmente en la oración, en los sacramentos y en la Palabra de Dios, como fuente del propio testimonio y de la proclamación misionera".

Cuando habla de una espiritualidad que nos permita encontrarnos con personas de cualquier herencia religiosa y nos ayude a reforzar todo ministerio, el Sínodo dice: "el trabajo de la justicia, de la caridad y de la compasión está interrelacionado con una auténtica vida de oración y de contemplación, y por eso es la misma espiritualidad la que se derramará en nuestro trabajo evangelizador". Estas afirmaciones tienen un sabor asiático, pero son claramente de aplicación universal.

5. También me han llevado a reflexionar sobre la oración este año **las visitas y contactos** que he tenido la suerte de gozar con los marianistas a través del mundo:

- Se da una profundización en la experiencia de Dios, una sed de profundizar más, un anhelo de vivir una auténtica oración entre muchos marianistas en todas partes.
- En la mayoría de las comunidades marianistas, la presencia en la oración comunitaria es una señal de fidelidad, y se valora mucho la presencia en la liturgia y en las horas.
- Al mismo tiempo, muchos confiesan que encuentran que la oración les resulta difícil y a veces les llena de preocupaciones y dudas. Es difícil permanecer fiel, día tras día, y crecer en la vida de oración. Muchos reducen al mínimo su tiempo de oración personal.
- Algunos se quejan del bajo nivel experiencial, y se acomodan en las rutinas, ancladas fundamentalmente en la presencia externa, en las devociones personales, o en lecturas religiosas más o menos entretenidas.
- Unos pocos la han abandonado por completo, pero son más los que luchan, sin ver claro. Muchas veces la mayoría de nosotros experimentamos sequedad y distracción.
- Con el tiempo, nuestra experiencia de oración crece y cambia, y no siempre nos es fácil discernir entre lo que es simplificación y progreso y lo que es aburrimiento y anquilosamiento.
- También es claro que tenemos entre nosotros algunos extraordinarios hombres de oración, personas que viven abiertamente un profundo conocimiento de la presencia de Dios y que transmiten sin ostentación, a quienes les rodean, ese sentido de presencia.

## DIEZ OBSTÁCULOS COMUNES PARA LA VIDA DE ORACIÓN

La Regla de Vida dice en el precioso artículo 59: "En cada comunidad marianista nos proponemos vivir de tal forma que se manifieste la presencia de Dios". Pero lo que más impide hoy nuestro crecimiento espiritual es nuestro fracaso a la hora de "crear un ambiente de caridad fraterna y de fe compartida que nos haga avanzar juntos en la oración".

Estoy convencido de que nuestros problemas tienen menos que ver con la oración misma que con el estilo de vida que nos aleja de ella. No es posible una vida de oración sin una preparación y sin la voluntad de dedicarle tiempo abundante. Probablemente creceremos menos en nuestra vida de oración intentando nuevos métodos y estilos, que orientando nuestros esfuerzos a las condiciones que la hacen posible.

Pongo aquí una lista de diez obstáculos que corrientemente impiden hoy hacer oración:

1. La oración será un momento vacío *si la experiencia de la vida misma está vacía*. ¿Cómo podemos relacionarnos con Dios al que no vemos si nos mantenemos a distancia de las personas que están a nuestro alrededor? ¿Dónde vamos a encontrar a Dios si nunca nos encontramos con las personas necesitadas y heridas? ¿Qué experiencia vamos a llevar a Dios en la oración si estamos desligados de la realidad de nuestro mundo, de los gozos y penas, esperanzas y aspiraciones de la gente con la que nos encontramos?

2. *A menudo sentimos una tensión, más que una integración, entre la oración y el trabajo*. Las necesidades y las posibilidades del ministerio son de hecho inmensas. La mayoría de nosotros, marianistas, somos generosos y celosos a la hora de responder a las llamadas de las personas a las que servimos. Pero a veces no sabemos cómo discernir lo que Dios quiere realmente de nosotros. Es fácil pensar que la salvación de los demás (o, más frecuentemente, el éxito y la buena reputación de muchas de nuestras obras) responde en gran manera a lo que hacemos o dejamos de hacer. Las espiritualidades, tanto de Oriente como de Occidente, también reconocen la validez de la actividad como un acercamiento a Dios (espiritualidad apostólica, *karma yoga*). Pero para que sea camino hacia Dios, nuestra actividad debe ser totalmente desprendida de uno mismo, hecha por Dios mismo, no por los resultados y los consuelos que conseguimos al realizarla. A veces nuestra actividad, que parece muy urgente, para la que reclamamos demasiado fácilmente la justificación de espiritualidad apostólica, se convierte en una excusa para no orar. El padre Chaminade fue consciente de esta tendencia en su tiempo, y todas las versiones de nuestras reglas desde 1839 han insistido en que "cualquier ocupación, empleo, o esparcimiento que obstaculice habitualmente la práctica de la meditación es incompatible con la vida religiosa marianista" (*Regla de Vida 4.4*).

3. Es fácil *caer en el descuido o en el minimalismo en la observancia de nuestros votos* de pobreza, obediencia, castidad y estabilidad. Sin pensar mucho en estos votos ni romperlos flagrante y directamente, nos habituamos y nos apegamos a un alto nivel de posesiones y comodidades, nos montamos la vida de tal forma que difícilmente se nos puede pedir que respondamos a nuevos retos; desarrollamos unas relaciones centradas en nosotros mismos, raramente pensamos en el ideal del marianista. El testimonio de nuestros votos desciende, y pocos ven algún testimonio profético en nuestras vidas. En esta situación, es normal que la oración se convierta más en una rutina externa, fácilmente omitida en nuestras vidas ocupadas, y no precisamente en lo que da sentido a nuestras vidas.

4. La vida de oración no puede florecer si **nuestras mentes están llenas la mayor parte del tiempo con cosas y sensaciones, innecesarias pero entretenidas**, que absorbemos constante-mente de la televisión, la radio, de lecturas superficiales y del Internet. Los medios de comunicación modernos ofrecen un gran potencial para nuestro propio crecimiento y para nuestra misión. Pero quedamos fascinados por lo efímero. Los momentos que intentamos dedicar a nuestra oración personal están dominados por los vestigios de nuestros pensamientos, por los restos de las distracciones que nos han rodeado durante el día. Los maestros del yoga describen todo esto como "comezones mentales" y aseguran que la meta de la disciplina espiritual es detenerlos o al menos controlarlos. En el mismo contexto, nuestro Fundador hablaba de los "silencios interiores", de la mente, de la imaginación, de las pasiones. Necesitamos estos silencios interiores con más urgencia que nunca.

5. La experiencia de las personas santas de todos los tiempos y lugares nos muestra que se da un profundo vínculo entre la vida de oración y un **sano rato de esparcimiento**. Nuestro mundo va demasiado de prisa. La consecución de todo deseo es cada vez más posible, la información instantánea depende de un pequeño clic del ratón en el Internet. Sabemos poco de paciente espera y de esfuerzo, o de una reflexión tranquila sobre lo que realmente es bueno y digno de ser deseado. Muchos de nosotros raramente se toman un tiempo para estar tranquilos, silenciosos, para el sosiego y la contemplación natural. Y así ¿cómo vamos a encontrar tiempo para la oración? O bien, si la reducimos a su mínima expresión, ¿cómo se va a convertir en experiencia liberadora, y no en otra cosa más en la lista de cosas que tenemos que hacer? Las religiones de Oriente enseñan una disciplina de la respiración (**pranayama**) como requisito necesario para la oración: aspirar profundamente unas cuantas veces y despreocuparse de todo es un sencillo primer peldaño para crear un ritmo de vida más apto para la oración.

6. **La meditación sobre las Escrituras, la lectura espiritual y el estudio de temas religiosos** no parecen ser temas prioritarios en la vida de muchos de nosotros. Quizá pensemos que ya lo sabemos todo sobre esas materias. Y probablemente es verdad que tenemos más información religiosa, que hemos escuchado más puntos de vista sobre esos temas que cualquiera de las generaciones anteriores. Las Escrituras deben iluminar nuestra vida; la vida, a su vez, debe lanzarnos a la oración y a estudiar las Escrituras todavía con más empeño. Pero nos falta a menudo la tranquila y sosegada **lectio divina** que va así interiorizando las verdades.

7. **El consumismo** ha hecho una fuerte presa en nosotros. Todos queremos más, anhelamos el tipo de vida que nos presentan constantemente los medios de comunicación. Difícilmente podemos reaccionar de manera distinta en el mundo de hoy, y este fenómeno es evidente en los países más pobres, tanto como en los más ricos. Como individuos y comunidades, nos es fácil dedicar mucha atención a lo que vamos a comprar, usar, consumir. Estas cosas son más fascinantes que el lento y oculto crecimiento en la vida de oración.

8. **La adicción** es un tema de una importancia creciente en la vida moderna. Somos más conscientes que nunca de cómo pequeñas o grandes adicciones -el trabajo, la comida, la bebida, el tabaco, las relaciones y mil otras cosas-, pueden dominar nuestras vidas. Es típico que tendamos a pasar por encima de nuestras adicciones fijándonos en las de los demás. Nuestras rarezas, nuestros intereses personales y adicciones se convierten fácilmente en el objetivo real de nuestro corazón, en vez del tesoro de la experiencia de Dios.

9. A veces **no estamos corporalmente dispuestos** para rezar. Cuando se trata de nuestras enfermedades físicas o incomodidades, apenas podemos hacer otra cosa que cuidar mejor nuestra salud y aceptar nuestras limitaciones. Podemos, sin embargo, poner el máximo empeño en disponernos físicamente para una oración totalmente concentrada. El yoga que enseña los **asana** (posturas) no se comprende como una forma de gimnasia sino como oración. Los monjes cristianos de oriente desarrollaron unas disciplinas semejantes en sus enseñanzas para centrarse en la oración (el *hesicasmo*). Pero en muchas comunidades marianistas somos muy poco cuidadosos con nuestras posturas y actitudes de reverencia. Esos detalles tienen más importancia de lo que creemos. A menudo, la mente y el corazón siguen la disposición del cuerpo.

10. La vida de oración es una visión clara y una conciencia amante de la verdad, la verdad acerca del mundo, de nosotros mismos, de nuestros compañeros, de Dios. Pero **la sinceridad es algo que no nos resulta demasiado fácil**. Es más interesante y confortable vivir rodeados de muchas hipocresías humanas, esas mentiras blancas para hacer de la vida algo menos comprometedor. En la presencia de Dios estas hipocresías se deshacen y nuestras defensas caen por tierra. A veces, con toda naturalidad, preferimos las pequeñas mentiras.

Tradicionalmente hemos hablado de estas materias como de "preparación remota" para la oración personal. La misma verdad está expresada en las enseñanzas de las religiones orientales sobre el **yama** y el **niyama** (obediencia a las órdenes y a la disciplina). Creo que son éstas las raíces de la mayor parte de nuestras dificultades en la oración. Si hoy queremos enriquecer nuestra oración, nuestra primera atención debe dirigirse a estas materias, para que verdaderamente podamos "vivir de tal forma que se manifieste la presencia de Dios" (*Regla de Vida, 59*).

## RASGOS DISTINTIVOS DE LA ORACIÓN MARIANISTA

Gracias a lo que han escrito los expertos sobre nuestra herencia marianista, sabemos más que en cualquier otro tiempo sobre las enseñanzas espirituales del Padre Chaminade y de la Madre Adela. Las invocaciones de la Madre Adela (por ejemplo, "Dios mío, prepara mi corazón para recibir tu gracia", *carta 137*) y sus fervorosas recomendaciones a las Hermanas completan las presentaciones teológicas del padre Chaminade, constantemente reelaboradas. Los escritos sobre nuestros orígenes siguen siendo ricas fuentes de guía y motivación.

Nuestros fundadores vieron el indiferentismo y el secularismo que lo iba invadiendo todo como los retos mayores para la misión de la Iglesia de sus tiempos. Es más claro que nunca que actitudes similares siguen siendo nuestros mayores problemas hoy. La vida de oración es la única forma de contrarrestar el sutil impacto interior que el indiferentismo y el secularismo han producido en nosotros.

Hoy, todas las ramas de la Familia Marianista, tanto religiosos como laicos, en sus asambleas y en las declaraciones sobre su misión, reiteran mucho la importancia de la oración personal. Por ejemplo, las Comunidades Laicas Marianistas, en una declaración sobre la misión, adoptada en el encuentro de Llíria el año pasado, decían: "Para ser sinceros, generosos y fieles a nuestra misión, nos es esencial ser hombres y mujeres 'fuertes en la fe, seguros en la esperanza y constantes en el amor'. Buscamos esta fuerza en la oración".

Nuestros fundadores querían que la oración del marianista fuera:  
+ centrada en la conformidad con Cristo;

- + fuente común y única de todas las virtudes;
- + una oración de fe;
- + una oración de presencia de Dios;
- + una oración en unión con María.

Me gustaría decir algo sobre la relevancia que tienen hoy estas cinco características.

**La conformidad con Cristo**, la transformación en Cristo, es para nosotros la meta de la santidad. No buscamos reproducir un ideal abstracto, moralista, sino la identidad personal con el Señor. La oración de Cristo fue a la vez contemplativa y apostólica. En nuestra oración debemos mirar a nuestro mundo con sus ojos, fijándonos especialmente en el sufrimiento y en la miseria humanos con la compasión que Él tuvo. Para el marianista la oración debe ser, no una técnica de concentración, sino una experiencia dinámica de su unión con el Señor, íntimamente ligada a la misión.

La oración fue para el padre Chaminade "**la fuente común y única de todas las virtudes**", transformándonos en personas conscientes de los demás y de sus necesidades, dispuestos a responder a ellas con justicia, compasión, y un amor desinteresado. Así la oración marianista se convierte en oración apostólica. Se supone que la contemplación del Señor en la oración y la dedicación a la misión son realidades que brotan al mismo tiempo en nuestras vidas. Si tenemos experiencias consoladoras en la oración, pero nos quedamos fijándonos en nuestro propio egoísmo, estamos viviendo una ilusión.

Si por otro lado, como muchos santos, encontramos que la oración es difícil y fuente de sequedad, pero experimentamos un auténtico crecimiento en la semejanza con Cristo y en la preparación para llevar a cabo nuestra misión, podemos estar seguros de que nuestra oración es un regalo de Dios.

Más que nunca, necesitamos **la fe del corazón**. Muchos a nuestro alrededor niegan toda verdad de fe, o mantienen actitudes de indiferencia y de escepticismo sistemático. Otros escogen creencias que son un llamamiento a su sentido personal de la estética más que a un compromiso. Otros se sirven de las verdades de una forma fría y brutal, como armas de batalla, verdades que hay que imponer, fuentes del rechazo fundamentalista de nuestros tiempos. La fe del corazón cala mucho más hondo, nos transforma y nos da un amor, una actitud creativa respecto al mundo que nos rodea.

El padre Chaminade escribe este hermoso texto sobre el recuerdo frecuente de **la presencia de Dios**: "Estoy más inmerso en la inmensidad de Dios que lo que pueda estarlo un pez en el océano, un pájaro en el aire; estoy en Dios como los pensamientos están en mi mente... Si nuestra fe es grande, pronto sentiremos que estamos en Dios, y sentiremos a Dios, lo cual es verdad, dentro de nosotros; experimentaremos que en Dios 'vivimos, nos movemos y existimos'" (*Escritos sobre la oración mental*, 379 a y b). Este reconocimiento está lejos de ser una especie de escapismo espiritual. De hecho, nuestro fallo en vivir en su presencia nos lleva a menudo a frustraciones en nuestro apostolado, a la autosuficiencia, ya sea hacia un frenético mesianismo o a perezosos pecados de omisión. Si pudiera ver, como La Madre Teresa, la cara de Cristo en todas las personas con las que me encuentro, por muy distorsionada que estuviera por el sufrimiento o el mal, me convertiría en fuente de vida para todos.

Por el hecho de **estar unidos a María** y atentos a ella en nuestros momentos de oración, intentamos hacernos a su estilo, participando de su receptividad, su fe, su sencillez

de corazón, su empatía con los demás en sus luchas, en el calor de la acogida con que recibió a Dios y a los demás (*Regla de Vida*, art. 8). María fue, en primer lugar, una gran contemplativa, en la que "se resume el ansia y la búsqueda de Dios de toda la raza humana" (*Regla de Vida*, art. 7). Unidos a su contemplación, aprendemos el camino de la misión, porque nos invita a colaborar "en su misión de formar en la fe a una multitud para su Hijo primogénito" (*Regla de Vida*, art. 6).

## DISTRACCIONES Y PURIFICACIÓN EN LA ORACIÓN

A pesar de nuestro deseo de vivir este ideal de oración marianista, la mayoría de nosotros, casi siempre, tenemos que luchar contra las distracciones y contra períodos de sequedad. Somos personas ocupadas y activas, y los sucesos de nuestro día, nuestras esperanzas y preocupaciones, nuestros planes y múltiples intereses, se nos amontonan cuando intentamos aquietar nuestras mentes y centrarlas en el Señor. Encontramos otros pensamientos, otros intereses que nos atraen más, y las cosas de Dios parecen llenas de perplejidades.

Sobre las distracciones, los especialistas cristianos sobre la oración tienen mucho que decir. Las enseñanzas hindúes y budistas también reconocen la existencia de este problema, colocando a la *pratyahara* (despego de las ansias de la mente) como uno de los retos claves en el camino de la contemplación. Los principales avisos, tanto de Occidente como de Oriente son:

- + ser paciente,
- + analizar las causas,
- + intentar una y otra vez vaciar la mente de todo lo extraño,
- + centrar la atención suavemente, para enfocar de nuevo todo interés en el Señor,
- + si es posible, integrar en la oración la materia que es causa de distracción, y
- + no desanimarse jamás.

Es un sabio consejo. El mismo esfuerzo de pasar cada día un tiempo con el Señor, con perseverancia, a pesar de las dificultades, nos lleva a centrar nuestra vida en Dios y abre el camino para una acción más profunda del Señor.

Pero las purificaciones son algo más profundo aún. Los expertos en teología mística acostumbraban a considerarlas como pruebas reservadas para las grandes almas, las "noches" que indicaban una rara llamada hacia una forma más alta de contemplación. Pero hoy estas noches oscuras parecen más generalizadas, quizá podamos decir "democratizadas", experiencias que de alguna forma tocan la vida de la mayoría de los religiosos que intentan vivir una vida de oración.

Muchos de entre nosotros entraron en la vida religiosa partiendo de un mundo encuadrado y firmemente establecido en verdades eternas. Hace sólo cuarenta años, nuestra Iglesia, la Compañía, nuestras administraciones, incluso nuestras familias parecían algo estable, previsible y casi inmutable. Incluso el estilo de nuestros edificios hablaba de algo que había sido testigo del tiempo y que estaba pensado para durar años.

Hoy, sólo unas décadas más tarde, muchos de esos sólidos edificios barroqueños han sido borrados de la faz de la tierra, y nuestros estilos de vida civil, eclesiástico, familiar y de congregación, han cambiado muchísimo, se diría que hasta hacerse casi irreconocibles.

Los años iniciales del cambio parecieron sonreír para muchos de nosotros. Pero con el tiempo, nació la confusión, a menudo la depresión y la rabia, un estado persistente de ansiedad y frustración. No parecía que el cambio ofreciera mucho donde agarrarse. Muchos dejaron la Compañía, y otros se quedaron, pero encontraron su centro real de vitalidad e interés en otra parte.

Muchos se hicieron más conscientes de la realidad, más comprometidos con ella, en la lucha contra la miseria y la injusticia. Al afrontar las tristes realidades de nuestro tiempo, a veces sólo nos cabe sentirnos más deprimidos. Nos preguntamos si nuestros esfuerzos sinceros han conseguido algún resultado real.

El choque resultante para nuestra psique y nuestros sistemas espirituales puede verse de muchas maneras, pero quizá una de las más profundas es verlo como una purificación de la fe. Eclesial y religiosamente, creo que muchos de nosotros hemos sido llamados a vivir en pleno misterio la mayor parte de nuestras vidas, en la "nube de lo desconocido", en la "noche oscura". A menudo, consoladoras certezas sobre Dios, sobre el mundo, la Iglesia y la sociedad, han perdido su brillo, sumidas en la confusión. Hemos tenido que aprender que "Dios es siempre mayor que nuestras ideas", que algunas de nuestras seguridades pasadas podían esconder una cierta idolatría.

Hemos tenido que salir de un mundo que creíamos seguro y lleno de éxitos, para "seguir al Señor por caminos que tal vez no hubiéramos escogido personalmente" (*Regla de Vida art. 31*) La Regla de Vida nos asegura con agudeza que esos misteriosos caminos tienen la posibilidad de "superar nuestra autosuficiencia y de llevarnos a la alegría, al amor y a la libertad de los hijos de Dios" (*Regla de Vida, art. 31*); pero a menudo en nuestra oración experimentamos la oscuridad y la confusión durante mucho tiempo antes de llegar a la libertad y al gozo.

Creo que el Señor está a menudo trabajando en medio de esta experiencia, como esperando que confiemos en él y abandonemos algunos de los consuelos y certezas tan fuertemente acariciados.

La fragilidad de la que a menudo nos quejamos hoy en las fundaciones antiguas y en las nuevas, nuestros desengaños y sueños incumplidos, lo provisional de algunos de nuestros planes e ideas para el futuro, la incapacidad del joven para sentir que pisa terreno sólido, y del anciano para sentir el gozo de transmitir la herencia a las nuevas generaciones, todos éstos pueden ser signos de que Dios nos está llamando a abandonarnos en sus manos, a vivir por la fe y no por apariencias.

El reto de la revitalización de la vida religiosa marianista en nuestro tiempo es en último término una purificación de la fe. El padre Chaminade tuvo experiencias muy parecidas en su tiempo; sin duda por eso colocó la "confianza en Dios" y "la desconfianza de sí mismo" entre las primeras virtudes de purificación.

El diálogo y la reflexión en grupo, las evaluaciones en nuestras comunidades y en nuestros trabajos, los esfuerzos de reestructuración, los programas de renovación y las sesiones de discernimiento, son medios que pueden ofrecer alguna ayuda a la hora de ocuparnos de nuestras realidades. Pero en último término, una purificación sólo puede ser afrontada en la fe y su solución puede residir sólo en una rendición y abandono a la actuación del Señor. San Pablo recomendaba frecuentemente *makro-thymia* (gran corazón, magnanimidad) a los cristianos primitivos que se enfrentaban a situaciones parecidas. Los

animó también a la *hypo-mone* (perseverancia, confianza sostenida). Nuestros problemas, como los suyos, son en el fondo problemas de fe y de oración.

## **CRECIMIENTO Y SIMPLIFICACIÓN EN LA VIDA DE ORACIÓN**

Una de mis pequeñas frustraciones al leer muchos escritos marianistas es que, a pesar de su riqueza, parece que se dirigen sólo a los principiantes. En los primeros años de la Compañía, cuando muchas de las enseñanzas básicas de nuestro carisma fueron sencillamente articuladas, era normal orientarlas hacia los que empezaban la vida de oración y del crecimiento en la virtud. Los estudios del padre Jean-Baptiste Armbruster sobre el "método espiritual" han empezado a aclarar los últimos textos del Fundador que apuntan a una espiritualidad para los que ya tienen algunos años de experiencia. Pero todavía no hemos reflexionado bastante en las necesidades especiales de quienes lo han vivido durante mucho tiempo.

Esto no quiere decir que los que han intentado rezar durante algunos años se encuentren necesariamente en un nivel superior de desarrollo. Lo mismo que las virtudes y las experiencias de oración llevan tiempo para desarrollarse, lo mismo los vicios y la infidelidad. El demonio meridiano sólo aparece al cabo de unos años. La aridez y el escepticismo laxista raramente aparecen antes de la mitad de la vida del hombre.

Pero existe un lado más positivo. El testimonio de todos los maestros de la vida espiritual está ahí para decirnos que podemos esperar crecer y cambiar en la vida de oración. No se trata de una realidad estática. Puede haber algunas llanuras, pero si duran demasiado tiempo, están indicando que algo no funciona como es debido. Demasiado a menudo actuamos como si la misma medicina de higiene espiritual fuera apropiada para todos, sin importar ni su edad ni su experiencia. Debemos reconocer que un buen consejo para principiantes no siempre puede aplicarse a los que lo llevan viviendo durante cierto tiempo, y viceversa.

Normalmente quien es fiel a la oración personal durante algunos años empieza a experimentar una cierta simplificación. No necesita ya demasiados análisis y razonamientos. En los mejores momentos de la oración, el corazón empieza a abrirse muy fácilmente, y la experiencia de Dios cala más profunda y espontáneamente. La fe desciende de una manera más sensible de la cabeza al corazón. El tiempo de la meditación se va convirtiendo en una paz creciente, quizá en una quietud silenciosa de la mente, en ausencia de pensamientos. A veces incluso las distintas situaciones emocionales se hacen menos predominantes y uno llega a un tipo de oración sencilla, pero rica, un poco como la que describió el santo Cura de Ars: "Miro a Dios y Él me mira a mí". Y salgo de este mudo contacto confortado, lleno de energía para cumplir mi misión.

Estas consoladoras experiencias alternan normalmente con momentos de mayor oscuridad. San Juan de la Cruz es un maestro a la hora de describir estos estados de la mente, y sintió que eran normales en el caso de muchas personas. Estas personas ya no sienten ninguna inclinación a hacer afectos y consideraciones. Un gran anhelo y una gran nostalgia pueden llenar sus corazones, pero encuentran difícil definir su objeto, y a menudo sienten una cierta aridez e indefinición. Se preguntan a veces si han sido infieles y si Dios los ha abandonado. En vez de desarrollar certezas, parecen vivir en un misterio creciente. Se preguntan si sus esfuerzos apostólicos valen la pena. Para ellos, la línea entre la indefinición y el misterio no siempre es clara.

Los que han perseverado durante estas experiencias nos dicen que pueden significar un crecimiento. Estas experiencias requieren una consulta regular con un guía espiritual con sensibilidad. Normalmente piden un método nuevo, más sencillo, de meditación, quizá "una oración centrada", la repetición de una frase o palabra sagrada una y mil veces, o el centrar su visión sin palabras en un icono, una cruz, o algún otro objeto sagrado. El método apropiado de oración variará de acuerdo con la inclinación de cada uno y el estilo de su propia experiencia, pero lo importante es perseverar, tener confianza en que Dios nos invita a crecer. Así, la vida de oración se convierte en una experiencia de progreso, un progreso lento, suave, gradual, y no simplemente en una rutina diaria.

El padre Chaminade era profundamente consciente de la tradición espiritual cristiana, y conocía este proceso de crecimiento y desarrollo en su propia vida de oración. Conozco a muchos marianistas hoy que parecen, a su manera, experimentar un proceso similar. Pero lo encuentran a menudo desorientador. No hay directores espirituales suficientes, dentro de la Compañía o fuera de ella, capaces de ayudarlos en estos grados de crecimiento. Es natural que seamos discretos sobre nuestra experiencia de oración, y no debemos preocuparnos por llevar el esquema de su desarrollo. Es cierto que tampoco debemos temer compartir nuestra experiencia y nuestras preguntas con un guía experimentado, para ser fieles a la llamada del Espíritu en cada momento de nuestra vida. Nuestra debilidad en la búsqueda de dirección espiritual está a la raíz de gran parte de nuestra mediocridad en la oración, una mediocridad que tiene su reflejo inmediato en nuestros trabajos.

## **CONCLUSIÓN**

El objetivo de esta circular es invitaros a todos a reflexionar sobre vuestra propia experiencia de oración y animaros a cultivar la multitud de gracias que Dios os da en el momento presente. El Espíritu de Dios está siempre trabajando en todas partes, también en nuestros propios corazones. Unidos a la actitud siempre en búsqueda y receptiva de María, y con la ayuda de nuestra rica herencia espiritual marianista, estemos seguros de que podemos convertirnos en personas de auténtica experiencia de Dios, que pueden irradiar este sentido de Dios a las personas de nuestro tiempo que lo buscan.

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.  
Superior General